

LOS VALIENTES EN CHAPULTEPEC O LA DECISION DEL AGUILA



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS VALIENTES EN CHAPULTEPEC

ó

La decisión del Aguila

por

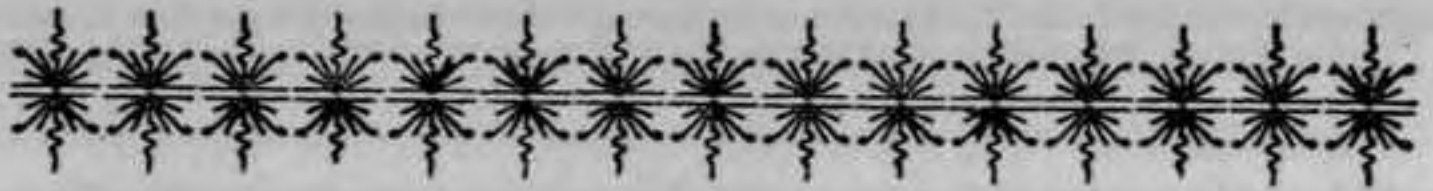
HERIBERTO FRIAS



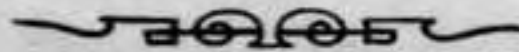
MÉXICO

Maucol Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



Los Valientes en Chapuldepec



¡Estamos en Chapultepec tal como era hace cuatro siglos. Sí... Nos hallamos en aquel bosque tan antiguo, tan hermoso, tan grande, intrincado y majestuoso, tan solemne como una Catedral!...

Tengo que referir algo á mis buenos lectores, de aquel prodigioso paraje, escondido entre los rincones más bellos y primorosísimos de la Selva de Chapultepec, de aquel bosque solemne, antiguo, casi eterno y tan poblado de recuerdos, memorias gloriosísimas y tradicio-

nes que reverberan relámpagos de oro en los horizontes viejos de nuestra historia nacional! Oh, sí... tengo que decir algo de aquel Chapultepec tan diferente del de ahora, como debéis comprender, porque entonces era tan extenso y poblado que parecía una isla de inmensas arboledas espesísimas y misteriosas brotando en torno de soberbios manantiales y estanques de cristal!... Y que formaban todo aquel ramillete-bosque, con sus estanques, chorros, lagos, cascadas y rios de plata y sus cavernas bajo las rocas, un admirable conjunto... Oh, sí, repito, tengo algo que referir á mis lectores de aquel Chapultepec memorable desde épocas muy antiguas...

Allí... en tan venerable bosque, donde apretados ejércitos de gigantescos ahuehuetls coronados de heno se acumulaban en torno de límpidos espejos y lagos pequeños, allí fué donde apareció en época solemne el grandioso anciano de la Barba de Plata, aquel que se interpuso entre el Crimen y la Inocencia virginal, salvando por fin á la Virtud, para prede-

cir las catástrofes que tendrían que acontecer un día, después de las efímeras victorias...(1).

Después, cuando pasaron años y años y nadie, ni los de Atzacapozalco, ni los de Texcoco, ni los de Tlacopan ó Tacuba, ni los de Coyoacan se atrevían á entrar al bosque, los peregrinos del Norte,—unos hombres rarísimos, altos, flacos, mudos y sombríos—se pusieron á ayudar á Netzahualcoyotl en sus luchas contra el tirano Maxtla, rey de Azcapozalco enemigo de aquel, que debía tener el de Texcoco y que el miserable Maxtla había usurpado vilmente, (2) nada mas aquellos peregrinos, seres salvajes fueron entrando á reforzar al rey vagabundo y como éste les dió, cuando su triunfo, grandes riquezas y les dió doncellas hermosísimas y virtuosas, ellos, los hombres

(1) Recomendamos la lectura de los primeros cuentos de la primera serie, que contienen relatos que se refieren á la interesante historia que contamos.

(2) Si queréis, leed, amiguitos las leyendas de Netzahualcoyotl, divertidísimas, instructivas, de fácil comprensión y eminentemente morales.



del Norte, resolvieron construir un magnífico palacio con mármoles de las montañas y volcanes del Ocaso, circundando los palacios de las Albercas Azules...

Veinte años dilataron en construir aquello, los agradecidos hombres del Norte, ¡veinte años trabajaron cuatrocientos mil hombres! que formaron ciudades y pueblos alrededor

de Chapultepec, en elevar el alcázar enorme que circundaba en medio del bosque á las Albercas Azules.

Cuando terminaron aquellos hijos de las tribus del Norte su trabajo, entregaron aquel prodigio á Netzahualcoyotl, ya anciano, quien acompañado del emperador de Tenochtitlán estrenó aquellas mansiones. En la misma noche los tres reyes que unidos formaban el Gobierno de los demás pueblos del Anahuac,—antes de que por fin el cetro imperial y soberano lo tuviera el Tecuhtli de México—los tres reyes tomaron un baño en las albercas perfumadas, á la sombra de los frondosos ahuehuetes revestidos con largas y profusas orlas de flores. ¡Sus guardias y caballeros, contemplaban aquello desde las orillas de la alberca, esculpidas de tecalis primorosos con grecas y enormes ídolos de granito!

Mas tarde aquellas albercas fueron recreo de los reyes y de los príncipes. Rodearon aquellas albercas de jardines imperiales y allá sobre el pequeño monte de ruínas que se alzaba

en el bosque, allá, fueron construyendo palacios los nuevos señores.

Moctecuhzoma, el monarca vil y cobarde, el que entregó su Imperio por necia superstición á sus mismos enemigos, fué en un tiempo bravo, espléndido y fastuosísimo.

El fué quien con mas pompa hizo grandar el alcázar de Chapultepec, entre las aguas cristalinas y allí era donde á veces reunía á las mujeres adivinas ó donde conversaba con los ancianos sabios, ó también donde se recreaba contemplando absorto y estúpido los bailes de sus hermosísimas mujeres desnudas ó de sus viles bufones que eran una multitud de enanos, jorobados, tuertos, mancos, cojos y seres retorcidos y grotescos.

¡Qué repugnante y tristísimo espectáculo, amigos míos! Nada podía ser más estrambótico y abominable, más inícuo y risible y desconsolador... ¡Hermosas vírgenes, exponiendo por fuerza sus sagradas y púdicas desnudeces, al lado de humanas sierpes, de sapos humanos, hediondos y horripilantes!

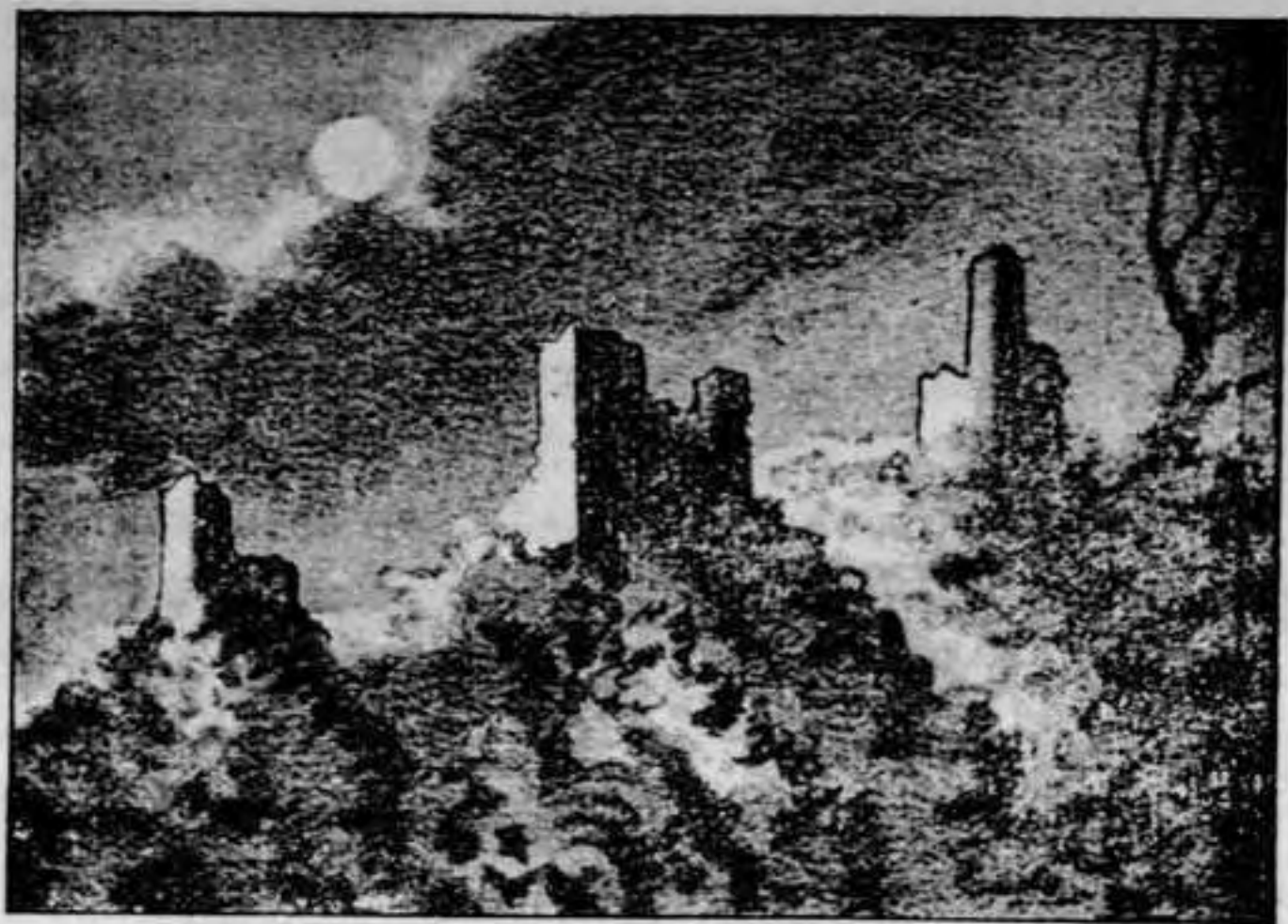
Todas estas danzas eran á la luz de la luna y de las antorchas y «ocotls» de los sirvientes del vil emperador...

.
Por fin llegó la terrible noticia del arribo de los hijos de Tonatiuh.—¡Los enviados de Quetzolcoatl!—exclamaban guerreros y sacerdotes, nobles y plebeyos.

Desde entonces Moctecuhzoma abandonó su alcázar de Chapultepec; y más aun le cobró un odio terrible. Mandó derribar sus muros y ordenó que saliesen los sacerdotes y todos los que cuidaban de las entradas de los palacios y de las albercas.

¡Ah! como el miserable monarca sabía que allí mismo, que allí en Chapultepec un anciano había pronosticado la llegada á Tenochtitlán, de hombres blancos y de hierbas doradas y profusas, que habrían de llegar por el Ometl, el descendiente de ilustres reyes, ¡temblando había ordenado la destrucción del heroico Chapultepec!

*
* *
*



De suerte que bien pronto sólo quedaron tristes ruinas de aquello que antes fueron tan espléndidos palacios.

Sólo quedaban, tranquilas, frías, bellas y solemnes las albercas, los magníficos estanques, bajo la sombra del bosque embalsamado y exquisito; como un pabellón de follaje, de esmeraldas; y dentro los espejos, inmensos y

azules de los estanques, y de los oscuros y terribles manantiales que parecían formidables ojos azul-oscuros bajo frondosas cabelle- ras verdes, prendidas á trechos con hoscas guedejas grises de heno fresco y silvestre... ¡Ya lo veis!... Eso había pasado en aquel cen- tro de Chapultepec.



Estamos cerca de donde se encuentra Cua- hutemoctzin. Es un antiguo salón subterráneo á donde llegaron los principales héroes de la libertad en México. Allí están, iluminados por las luces de antorchas, los que quieren resol- ver toda la cuestión de vida y honra para la patria con una batalla seria y terrible, mien- tras llegan los hombres que vienen del Orien- te...

¿Qué debe hacerse? ¿Atacar á los hombres?

¡Oh! muy pronto estallaron bajo del bosque las opiniones de los guerreros aztecas... ¿Qué hacer?

De nuevo volvió á hablar Cuahutemoctzin:

—¡Valientes compañeros míos, bravos guerreros que sabéis con que ligereza esgrimo la macana contra los adversarios, sabiendo esquivar los golpes suyos! ¡Valientes amigos, yo, descendiente de las razas imperiales, no vengo á solicitar el trono, sino el mando de Anahuac!... Vamos á deliberar mientras nuestro enemigo va á entretenerse combatiendo con sus mismos compatriotas... Yo he sabido que el caudillo marcha con los mejores compañeros suyos. Ahora, mientras formemos nosotros debajo de estos árboles magníficos la Legión de la Patria, á la que todo azteca debe permanecer. ¡Adelante, amigos míos, adelantel... Y por fin, juremos sitiar al extranjero, cercarle donde se encuentre, rodearle con fuego, con intenso fuego, hasta que arda súbitamente... ¡Adelantel ¡Sigamos adelante, cantando los himnos de Netzahualcoyotl!...

Eclos estruendosos contestaron á las frases, entero el pueblo tuvo que aplaudir á Cuahutemoctzin.

— ¡Adelante, adelante, Cuahutemoctzin!... ¡Adelante! — seguían gritando allá, bajo las frondas del bosque de Chapultepec. Corrían los jóvenes lanzando al viento sus brillantes aclamaciones, en tanto que la voz del príncipe Cuahutemoctzin se esforzaba por seguir gritando:

— ¡Venid, aztecas, venid! ¡Aquí nos hallamos bajo los sagrados ahuehuetes de Chapultepec, nos encontramos muy cerca de sus albercas! ¡Aquí están los mejores adalídes, venid y que pronto, y en un gran torneo se decida la empresa! ¡Venid, venid amigos míos!...

Nadie pudo contestar. Los árboles siguieron en su eterna canción, y solo allá muy lejos, allá muy arriba, solo allá en lo alto se dejó sentir algo como un soplo de calor hermoso.

En el rincón mas solitario se escapaba la tremenda frase.

¡Oh, misterio! ¡Oh, misterio!

Pero el príncipe Cuahutemoctzin, gritó de nuevo señalando el rumbo por donde se alzaban los dos volcanes:

—¡Por allí, por allí, por donde viene el Sol, que es la luz, vendrán ellos, ellos que hacen destrucción y muerte, y sombra, por ese rumbo vendrán!—volvió á rugir la misma frase.

Después, agregó así el misterioso caudillo:

—Ved lo que tendremos que hacer: vigilar ante todo á nuestro Moctecuhzoma que aun se cree rey. ¡Vigilarlo! Luego hacer que no haya un solo azteca que no proteste contra el cobarde Xocoyotzin. Y en fin, unirse todos los mexicanos para arrojar á los miserables extranjeros de los rostros blancos y de las barbas en bosque. ¡Preparáos á luchar contra los hombres vestidos de hierro, contra sus monstruos altivos que arrojan espumas blancas!... ¡Pronto iremos á las lides de lo futuros!... ¡Esperad y aprestáos con vuestras mejores armas!... ¡Tenemos que batirnos ferozmente y como nunca!...

¡Nada, nada nos abstenga! ¡Nosotros los que estamos en el sagrado Chapultepec, cerca de la pequeña montaña y cerca de la gruta, cerca



de todas estas maravillas, alcemos el grito de honor!

—¡A combatir hasta la muerte!

—¡A combatir hasta la muerte!

—¡A combatir hasta la muerte!

· · · · ·
Así por tres veces volvieron á repetir los guerreros, llenos de entusiasmo y júbilo, debajo de las arboledas preciosísimas del bosque

de Chapultepec, repitiendo la magnífica frase altanera del más suntuoso paladín español.

¡Cuánta tristeza en el bosque al principiar la noche! ¡Ah! pero luego... luego el bosque de Chapultepec se convirtió en un inmenso «orquestrión» formidable donde vibraban todos los acentos de la pasión, del amor, del patriotismo, de la ternura, y de los arranques furiosísimos de las almas que aun no han pecado! ¡Es decir, hubo ancianos, hombres graves, comerciantes, guerreros, artistas, mujeres, niños y pobrecitas criaturas de amor y miseria que se reunieron cerca de las Albercas Azules allá en el interior del bosque de Chapultepec esperando la palabra tronante de Cushtemotzin!

Ya visteis cuan soberbio fué el espectáculo de las muchedumbres, cercando las antiguas albercas, cerca de las ruínas maravillosas. Ya visteis cuanta grandiosidad.

¡Los aztecas esperarían aun la llegada de los nuevos blancos! ¿Qué pasaría luego?

¡Esperemos!...